

## **Prejuicios poco civiles**

*(Diario de Navarra, 15. 08. 2003)*

¿Quién a estas alturas no ha dicho u oído aquello de que “todos los políticos son iguales”, se sobreentiende: gente de poco fiar o tipos que van a lo suyo, como tantas veces se ha puesto de manifiesto? Sentado lo cual, ¿para qué molestarse en comprender sus diferencias ideológicas, comparar sus programas o vigilar sus conductas públicas, con el trabajo que ello exige y el riesgo añadido de tener que pronunciarse y quedar así expuesto a las opiniones contrarias de nuestros conciudadanos? Resulta más confortable reducir a los políticos al común denominador de aprovechados, que ahí nos entendemos todos.

### Ellos y nosotros

Nadie ignora, ni que estuviésemos ciegos, cuánto indeseable alberga al parecer una súbita “vocación” de servir al pueblo. Pero no está de más subrayar que con frecuencia tratamos de que su presunta inepticia o su real malicia certifique nuestra acrisolada competencia y altruismo sin tacha. Sólo cuando nos aprietan reconocemos que, sometidos a sus tentaciones y presiones cotidianas, a lo mejor nosotros seríamos tan estúpidos o corrompibles como ellos. Y casi nunca reparamos en que, mucho peor que la corrupción de este o aquel político, resulta la corrupción de la política democrática; por ejemplo, mediante la financiación privada de los partidos o la compraventa de favores públicos. Estas son prácticas que pervierten a la comunidad entera.

Claro que, a la inversa y en tono entre gruñón y comprensivo, se declara asimismo que “tenemos los políticos que nos merecemos”. Y se presupone: mediocres. Es un modo oblicuo de confesar por fin que somos aproximadamente de la misma pasta y que no valen las hipocresías de culparles en exclusiva de unos pecados que los demás también cometeríamos en su lugar. Sí, pero al mismo tiempo esa en apariencia humilde concesión viene a sugerir que nadie exija nada de los hombres públicos ni de nosotros mismos, porque ni unos ni otros vamos a cambiar; así que no nos quejemos y a conformarse con lo que hay. Bonita escapatoria. En un régimen democrático siempre debemos hacernos merecedores de más de lo que tenemos, y eso significa que hemos de buscar políticos que sean mejores que nosotros. Si los destacamos así sobre los ciudadanos corrientes, es para que sean nuestros representantes; pero no para que reproduzcan en el foro el desinterés y mediocridad del conjunto, sino para que hagan suyas nuestras mejores aspiraciones...

### Vamos a politizar las cosas

Tanto prejuicio acumulado contra la política da lugar al runrún habitual de que una determinada situación o medida es nefasta, al menos sospechosa, porque “se ha politizado” y que “no hay que politizar” las cosas o los problemas.

Pues no es verdad, ni mucho menos: hay que politizar todo lo que nos compete, y en todo lo posible y cuanto más mejor. Es decir, hemos de procurar que lo que afecta a nuestra libertad e igualdad sociales y, por tanto, a la justicia; que todo lo que puede contribuir a nuestro bienestar colectivo pase por la conciencia de los ciudadanos, se debata en la polis y se decida públicamente acerca de su conveniencia. Al fin y al cabo el hombre es el ser que tiene el privilegio de distanciarse de la bruta necesidad natural, es decir, de dominar esa naturalidad mediante la política y sus propias leyes. Somos tanto más libres cuanto más politizados. Y, como no se entienda así, no es que el asunto de que se trate esté despolitizado, sino que algún interés bastardo lo ha excluido del juicio y decisión de todos para ser politizado por y en beneficio de algunos.

Se replicará que el tópico de marras sólo quiere denunciar los juicios o intervenciones partidarias o sectarias, las que subordinan el interés general al particular de un grupo o de un líder. Pero entonces deberá decirse, para no confundir ni confundirnos, que ese problema de marras está mal politizado y que hay que empeñarse en politizarlo bien.

### Un ridículo angelismo

Una de las mayores y probablemente más peligrosas simplezas en circulación, que hasta avergüenza tener todavía que recordar sigue repitiendo como si nada (en una tierra bajo el terror), que hay que “condenar la violencia, venga de donde venga”. Semejante consigna simula ser portadora de una exquisita sensibilidad moral en quien la emite, pero prueba más bien que o no sabe lo que dice o - si lo sabe- que busca desarmar al Estado para que éste incumpla la primera tarea que le imponemos. No mantengo sólo que esa sentencia nace de ignorar el abc de la política, porque sería más exacto decir que ignora incluso la primera letra de la política, su punto de arranque, su condición misma de posibilidad. O, si se prefiere, que confunde la sociedad de los hombres (seres tan racionales como pasionales, vinculados entre sí por amistad y por intereses...) con la celestial comunión de los santos. Esto, que no deberían permitirse ni las carmelitas descalzas en sus ratos de recreo, lo sueltan aún para quedar bien buena parte de nuestros enseñantes, los más aguerridos políticos y algunos experimentados chicos de la prensa.

Pues los hombres inventamos la política para obtener la seguridad que la hostil naturaleza nos niega, para librarnos del miedo recíproco; en fin, para garantizar en lo posible que no habría guerra entre nosotros y sentar las bases de la sociedad civil. Luego vendrá todo lo demás que la política debe traer y cuyo compendio es la justicia. Y si aún no hemos renunciado al sentido común, comprenderemos que, a fin de que nadie recurra impunemente a la fuerza física, alguien tendrá que disponer del derecho en exclusiva a ejercerla: ese alguien es el poder público.

De forma que, si aborreciéramos por igual toda violencia, entonces nada nos pondría a salvo de una: la del más fuerte sobre los más débiles. Si equiparamos en perversión la violencia privada o del malhechor y la pública o del policía, olvidamos que ésta existe para prevenir o repeler aquélla y, por si fuera poco, ni siquiera nos ponemos a discernir entre las causas justas o injustas que de ella se sirven. Todas darían lo mismo. Si justificamos este presunto pacifismo (en realidad, un ridículo angelismo) con aquello de que “la violencia engendra violencia”, venimos a añadir otra inmensa y biempensante tontería. Pues lo que presumiblemente desata una cadena imparable de venganzas es la violencia privada, pero la violencia pública pretende poner fin a esa cadena infinita.

Cuando se ajusta a derecho, naturalmente. Supuesto que en toda sociedad debe haber una violencia ejercida en régimen de monopolio; supuesto que el recurso a la fuerza física puede ser del todo legítimo..., lo que importa es fijar el marco, los requisitos, los límites para que la violencia del Estado sea lo más justa posible. Y así se entiende que más disculpable sea la violencia indebida de un ciudadano ordinario que la del policía, precisamente porque la de este último está destinada a protegernos de cualquier otra.